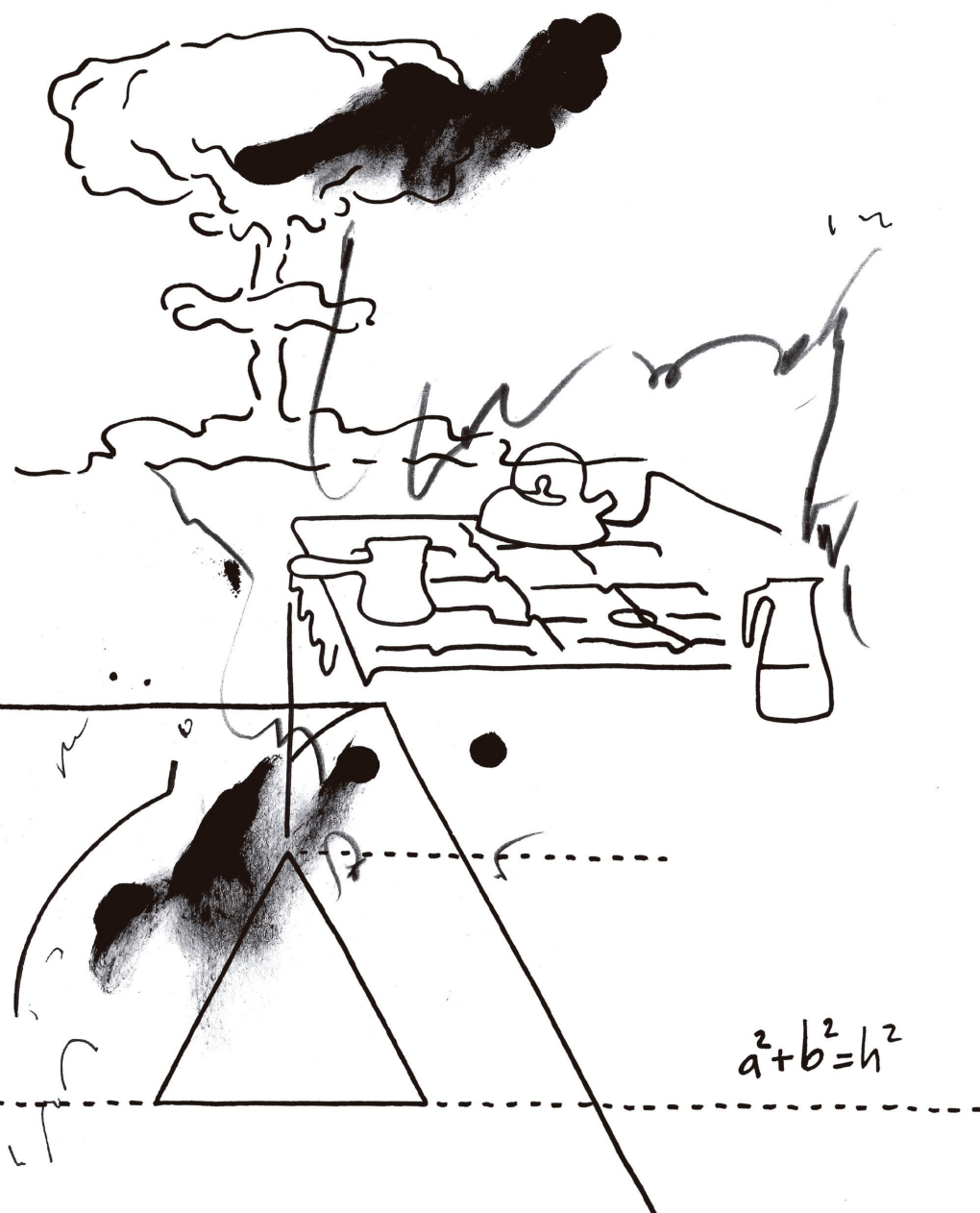




Seix Barral

Ernesto Sabato

Heterodoxia





Seix Barral

Ernesto Sabato

Heterodoxia

HOMBRE Y MUJER. El candoroso siglo XIX no sólo culminó en la idea de que el hombre que viajaba en ferrocarril era moralmente superior al hombre que andaba a caballo: culminó en la doctrina más inesperada de todos los tiempos, en la idea de la identidad de los sexos.

Si no hubiera otras pruebas de la frivolidad de ese siglo, bastaría esa sola para condenarlo. Desde el punto de vista de esos optimistas, la diferencia entre el útero y el falo era algo así como un resabio de los Tiempos Oscuros, y destinado a desaparecer con la diligencia y el analfabetismo. Felizmente, ese extraño vaticinio no se ha cumplido, como tanto otros de aquellos profetas de la Locomotora.

Por desgracia, los siglos no terminan al mismo tiempo para todos, y así como Nietzsche fue un hombre del siglo XX, así pululan en nuestro tiempo los habitantes del siglo XIX. El inocente hecho de mostrar *diferencias* entre los dos sexos los pone ferozmente en guardia y les hace mascullar palabras como reaccionario y bárbaro, pues los hechos han evolucionado de tal manera que el progresismo consiste hoy en mantener ideas definitivamente envejecidas.

La mayor parte de las mujeres, sobre todo las mujeres de alguna cultura —nada hay más peligroso que *algo* de cultura—, se dejan arrastrar por esa teoría, sin comprender que les hace muy poco favor y que las coloca en un terreno desfavorable: como si un submarino, molesto por el prestigio de la aviación, pretendiese ser tan bueno como avión... en el aire. Si hasta parece una mefistofélica triquiñuela inventada por un enemigo de la mujer para hacerla quedar en ridículo. Con razón, Gina Lombroso pone en guardia a sus congéneres contra esa tortuosa doctrina: “Es inútil negarlo, la mujer no es igual al hombre. Buscad cualquier testimonio de la literatura antigua o moderna —una novela, un poema, un mito— y tratad de masculinizar a sus heroínas. Suponed por un instante a las mujeres del Antiguo y del Nuevo Testamento: Rebeca, Noemí, Ruth, María Magdalena, convertidas en hombres. Incluid en esta imaginaria metamorfosis a Helena, Hécuba, Electra, o simplemente a la Eugenia de Balzac, a la Rebeca de Walter Scott, a la Dorrit de Dickens, y decid en conciencia si las figuras que resultan de semejante operación no son ridículas o monstruosas”.

BISEXUALIDAD. Establecer las diferencias entre hombre y mujer no implica ignorar la bisexualidad de los seres humanos, la atávica y por lo tanto profunda amalgama de atributos masculinos y femeninos que coexisten en cada uno de nosotros. Por el contrario, para poder hablar de bisexualidad es previo hablar de masculino y femenino, estableciendo los caracteres del Hombre y de la Mujer ar-

quetípicos; objetos, claro está, que sólo existen al estado de pureza en el universo platónico pero que, de alguna manera, rigen los caracteres de los hombres y mujeres reales.

LA ABSTRACCIÓN Y LA MASCULINIDAD. El hombre, en su forma extrema de cientista y filósofo, persigue las ideas puras y abstractas, esos misteriosos entes que no pertenecen al mundo vivo, al confuso mundo de las vidas y las muertes, de los dolores y las emociones, sino al frígido universo de los objetos eternos.

Ha habido mujeres descollantes en letras y artes, pero ni una sola en filosofía. Este notable fenómeno, a través de distintos tipos de civilización, bastaría para apuntalar esta tesis. Pero hay testimonios valiosos que prueban no la incapacidad de la mujer para la abstracción sino su indiferencia y hasta su repugnancia.

Gina Lombroso: "La frecuentación que he tenido con mujeres dedicadas al estudio, las observaciones recogidas en diversos países, al mismo tiempo que una sincera introspección, me han convencido de que, por el contrario, existen entre la inteligencia masculina y femenina diferencias no cuantitativas sino cualitativas y de dirección que se relacionan, no tanto con circunstancias de tradición, de hábito, como con la específica función a que la mujer está destinada: la maternidad... A la mujer, que demuestra un interés tan vivo hacia todo lo que la rodea, hacia todo lo que puede ver, sentir y tocar, le tiene sin cuidado la averiguación de las grandes leyes que rigen eso mismo que hie-

re sus sentidos y su espíritu. Su avidez de conocimiento se dirige a las cosas mismas y no a las remotas causas a que obedecen; no le interesa contar las pulsaciones de un corazón que sufre, sino el saber por qué sufre... La mujer considera el universo con ojos y con alma de madre. Las plantas, los animales, los hombres, no son para ella problemas cognoscitivos sino seres capaces de sufrir y gozar, seres hacia los que se siente ligada no por el conocimiento sino por el amor. La ciencia por la ciencia, el arte por el arte, la fe por la fe, todo lo que está situado al margen de lo concreto y de lo útil, carece de sentido para la mujer... Se ha sostenido que esta diferencia de orientación intelectual provenía de su falta de contacto con la cultura, por haber estado durante siglos relegada a las funciones domésticas. Sin embargo, la pasión nada tiene que ver con la cultura, ni con los hábitos, ni con las aptitudes... Contrariamente, la pasión por la ciencia o por las teorías abstractas existe hasta en los hombres sin cultura, en muchos obreros y campesinos que sienten ese anhelo tan viva y desinteresadamente como los hombres cultos. En sus horas libres, los artesanos y labriegos medievales se complacían en discutir sobre arte y religión. Todavía hoy vemos en muchas aldeas a campesinos que prefieren, a una ganancia mayor, el placer de ejecutar de vez en cuando un instrumento o divagar sobre las cosas del mundo. ¡Qué cantidad de astrólogos y meteorólogos se encuentran entre los aldeanos! No es raro encontrar en minúsculos pueblitos a un humilde relojero, por ejemplo, que a fuerza de sacrificios pudo adquirir un pequeño telescopio y que, convertido en orgullo del lugar, es-

tá constantemente rodeado de muchachos que desean contemplar el firmamento”.

Sonia Kowaleska, la notable matemática, anota en su libro de *Recuerdos*: “El trabajo y la creación científica no tienen ningún valor, puesto que ni otorgan la felicidad ni hacen mejorar a la humanidad. Es una locura emplear la juventud en esos estudios; es una desventura, sobre todo para la mujer, el poseer facultades que la impulsen hacia una esfera de actividad en que no obtiene ninguna alegría”. Su amigo el matemático Mittag-Loeffler cuenta cómo la acometió una furiosa manía de bordar precisamente en el momento en que debía optar al premio Bourdin. Enamorada del matemático Weierstrass, Sonia fue impulsada al trabajo científico por el amor, cosa muy natural en una mujer, y no por amor a la ciencia misma, cosa muy de hombre. Desde Rusia escribe a Madame Loeffler: “En Estocolmo, donde paso por ser la defensora de la emancipación femenina, terminé por creer que verdaderamente mi deber era dedicarme a las matemáticas, y así lo hago. Pero aquí soy conocida como la mamá de Foufi”. Madame Loeffler confirma: “La procura de las verdades abstractas, ni le interesaba ni la satisfacía. En cuanto una nueva idea de este tipo nacía en ella, había que animarla para que la desarrollase. La producción de su cerebro no debía ir a parar a una humanidad abstracta sino servir de homenaje a alguien de quien ella pudiera recibir un don equivalente”.

EL HOMBRE, ESE DESCABELLADO. El espíritu no es rectilíneo sino dialéctico y paradójal. El hombre

suele partir de premisas lógicas y realistas, para remontarse a verdaderas locuras, a la fantasía y a los molinos de viento: Parménides, Colón, Don Quijote, Napoleón. A la inversa, la mujer es ilógica e irrealista, insensata; pero se adhiere a sus insensateces con furia realista y conservadora.

El hombre va de la realidad a lo descabellado, centrífugamente.

La mujer, de lo descabellado a la realidad, centrípetamente.

Razón por la cual la mujer no ha producido nunca filosofía, porque, ¿qué más descabellado que un sistema filosófico? Después de haber *probado* que la realidad es inmóvil, Parménides ha de haberse quedado tan tranquilo y orondo; mientras su mujer ha de haberlo mirado con esa mezcla de orgullo, compasión y perplejidad con que la madre observa al niño que juega seriamente a ser general en jefe de un ejército invisible.

LÓGICA E INTUICIÓN. El hombre *tiende* al mundo de la abstracción, de las ideas puras, de la razón y de la lógica. La mujer se mueve mejor en el mundo de lo concreto, de las ideas impuras, de lo irracional, de lo intuitivo.

El instinto es ilógico, pero no falla en los problemas de la vida, que no son nunca lógicos. El hombre fracasa cómicamente queriendo aplicar la lógica a la vida. No hay individuo más grotesco en la vida cotidiana que el cientista o el filósofo: se mueve cómodamente en un espacio de n dimensiones pero a cada paso tropieza o se olvida del paraguas en el mundo de 3. Valéry observa qué im-

perfectamente se movía Henri Poincaré en uno de los tantos universos posibles.

El Hombre sólo tiene fe en lo racional y abstracto, y por eso se refugia en los grandes sistemas científicos o filosóficos; de manera que cuando ese Sistema se viene abajo —como tarde o temprano sucede— se siente perdido, escéptico y suicida. La mujer confía en lo irracional, en lo mágico, y por eso difícilmente pierde la fe, porque nunca el mundo puede revelársele más absurdo de lo que a primera vista intuye. El *credo quia absurdum* es femenino, como toda filosofía existencialista (aunque sea hecha por hombres; por hombres, claro está, fuertemente propensos a la feminidad). Racionalizar al Universo y a Dios es empresa, en cambio, típicamente masculina, *locura* propia de hombres.

No creo en el existencialismo de Sartre por *esta* razón. Su clave más profunda hay que buscarla en su primera novela, en su náusea ante lo contingente y gelatinoso, en su propensión viril por lo nítido, matemático, limpio y racional. Su obra filosófica es el desarrollo conceptual de esta obsesión subconsciente. Y ese desarrollo tiene que llevar fatalmente hacia una filosofía racionalista y platónica.

LA PRUEBA DE LA RULETA. El ingeniero Georges Itzigsohn jugaba a la ruleta según un plan minuciosamente calculado, a base de fluctuaciones, estadísticas y cálculo de probabilidades. Su encantadora mujer, a pesar de su formación científica en la facultad de medicina, jugaba apostando a los cumpleaños de sus hijos. Ambos perdían natural-

mente, porque de otro modo no existiría el negocio de la ruleta. Pero mientras el ingeniero perdía *científicamente*, su mujer perdía *absurdamente*.

SOBRE EL ORIGEN FEMENINO DE LA INDUSTRIA. Otis Mason ha probado que la mujer fue la inventora de casi todas las artes útiles: de las primeras ideas sobre agricultura y ganadería, domesticación de animales, tinturas, tejidos, cerámica, medicina, cocción y conserva de alimentos, trenzado de mimbre, cueros y harinas. La industria es inicialmente femenina, *mientras se mantiene en la escala doméstica*, única que, como norma, interesa y apasiona a la mujer.

En su estado inicial, la industria es concreta y por eso femenina. El comercio, basado en el intercambio y el movimiento, conduce a la abstracción, y por lo tanto a la masculinización del mundo.

Cuando el comercio y la industria se agigantan y se vuelven abstractos, dejan de ser empresas de mujeres, a menos que éstas, como sucede en el mundo contemporáneo, tiendan a masculinizarse. Y se advierte que *ni siquiera* permanecen en manos femeninas las empresas más vinculadas a la feminidad, como la industria de los perfumes.

La industria casera apasiona a la mujer como todo lo que se relaciona a su casa, a sus hombres y seres queridos. En suma, a la conservación de la especie. El hombre se interesa en la gran industria o en el gran comercio por su ansia de poder y de inmortalidad.